



REVISTA ESPIRITISTA,

PERIÓDICO DE ESTUDIOS SICOLÓGICOS.

RESUMEN.

La teoría sin la práctica no constituye al verdadero espiritista—Carta de M. F. de Saulcy—La Educación Maternal (Continuación)—Comunicación espontánea—Las epidemias—Una aparición—El Espíritu y la Materia (Poesía)—Advertencias de Ultra-tumba.

La teoría sin la práctica no constituye al verdadero espiritista.

Hay quienes creen, con sinceridad tal vez, que son verdaderos espiritistas por que conocen algunas verdades del Espiritismo, como la inmortalidad del alma, sus manifestaciones, su libertad, su albedrío y por consiguiente su facultad de progresar sin limitación.

Esas nociones y cuantas constituyen las bases de esa doctrina pueden ser fácilmente adquiridas en los libros de la ciencia por todo el que se dedique á su estudio, ya con el solo fin de satisfacer una curiosidad exigente, sin que eso influya en la corriente de sus malos hábitos, ya con el de conocer la serie de hechos trascendentales que abraza la nueva filosofía, con el loable propósito de mejorar sus condiciones morales é intelectuales, abandonando los vicios, y el error que oscurecen la conciencia, y encadenan las más bellas dotes del Espíritu, deteniendo su vuelo.

Pero no basta poseer teóricamente esos conocimientos, sin la práctica de lo que enseñan, para considerarse espiritista, y los que se contentasen con haberlos adquirido sin conformar á ellos sus acciones y palabras, se parecerían á aquellos biblomaníacos que amontonan en sus bibliotecas manuscritos y libros, que arreglan y encuadernan con lujo y esmero, pero que jamás se resuelven á leer, contentándose con mirarlos por fuera, y dándose los aires de literatos, pretendiendo que los tengan por tales en gracia, sin duda, del contacto con los *infolios*.

Esas gentes son dignas de toda solitud y lástima; porque perjudican la causa del Espiritismo, y se perjudican á si mismos.

Perjudican la nueva ciencia, porque se convierten sin pensarlo en falsos apóstoles, desde que su propaganda está en perpétuo antagonismo con sus obras, que llevan el sello de egoísmo mas detestable; y se perjudican ellos mismos, porque pierden deplorablemente su tiempo, al ocuparse de una doctrina que es todo amor y caridad, doctrina que no practican, y que no tienen el valor de profesar, porque les falta la fuerza de voluntad necesaria para abandonar las rosadas ilusiones de una existencia gastada en la vanidad, en la mollicie, y muchas veces en el crimen.

Si conviene siempre en los negocios de la vida, poner la reflexión y la voluntad decidida al servicio de nuestros intereses materiales, con cuánto mas razon no son ellos necesarios tratándose de intereses mas caros, cuales son los que conciernen al progreso de nuestro Espíritu, si no queremos estraviarnos en medio de las mas calorosas protestas de adhesión á una causa que proclaman los labios, sin que tomen parte el corazón y el alma?

En toda religion ha habido hipócritas y fariseos, asi como en todo bando político ha babido Judas y Tartufos: ahí está para comprobarlo la historia de todas las religiones, de todas las banderías.

En todos los tiempos se ha abusado con el mayor cinismo de los epítetos, y así no es extraño ver condecorarse con los angustos nombres de patriota y már-

tir al primer audaz que se le ha ocurrido escalar el poder, aunque su vida entera sea la negación mas rotunda de las preciosidades que se atribuye.

No caigamos por Dios, en aberraciones análogas, tratándose de Espiritismo.

Mucho importa tener presentes esos ejemplos para evitar tan funestos estragos.

Así el nombre de espiritista sin la práctica de las virtudes que forman su base, será siempre una palabra vana, ó el colmo de la insensatez, ó el de la hipocresía.

El movimiento, pues, de las mesas, los lápices, la posesión de la mediumidad en una palabra, no constituyen por sí solos al espiritista, si este no se desprende del egoísmo inherente á la naturaleza humana, si no doma los odios y los rencores que desecan el corazón, si no evita las murmuraciones y la calumnia que apagan la luz de la conciencia, convirtiéndolo al calumniador en asesino moral de su hermano, y exhibiéndolo con mas horribles colores que el Caín de la Escritura.

Afortunadamente en nuestros centros espiritistas siempre se ha trabajado en enaltecer esas ideas, por medio de la propaganda y del ejemplo; empero nuestro deber es mantener la vigilancia, dando de vez en cuando la voz de alerta, para que el enemigo no avance furtivamente, y nos encuentre desprevenidos.

Ayúdate que Dios te ayudará, dice un proloquio vulgar, hijo de la sabiduría y de la experiencia, é inspirándose cada uno en la moral que encierra, no debe perder la oportunidad de alijar la carga de las malas pasiones, si quiere que el débil bajel de su existencia no sea presa de la borrasca, y corra á despedazarse en los abismos del proceloso mar, que surcamos desde la cuna hasta el sepulcro.

Carta de M. F. de Sauley.

(Concluye—Véase la página 96 del núm. 8 de esta Revista.)

Señor:

Deseáis que os haga conocer por escrito mi opinión sobre los fenómenos, de modo alguno extravagantes, que des-

de largo tiempo se ha convenido en designar con el nombre de *mesas giratorias y parlantes*, y como no soy hombre para cejar ante la enunciación de lo que creo una verdad, cualesquiera que por otra parte sean los sarcasmos reservados á esta especie de profesión de fé,—voy por consiguiente á satisfacer vuestro deseo.

Hay como ocho ó diez meses que cuando el público parisiense se conmovió á la nueva, venida de América, y de Alemania, de la existencia de un hecho de que la física pura era incapaz de explicar *á priori*, hice yo, como muchas gentes lo hacen siempre y lo harán probablemente todavía por demasiado tiempo, es decir: que recibí el anuncio con la mas perfecta incredulidad, y lo confieso, lo tomé como una *paparrucha*.

Consideré á sus creyentes como á charlatanes ó necios; y por largo tiempo me resistí á tentar la menor experiencia. Cansado, al fin, de oír á tantas personas á quienes yo no podía aplicar ni uno, ni otro de esos epítetos, afirmar la realidad de esos hechos, me decidí á ensayar por mi mismo.

Mi hijo y uno de mis amigos fueron mis dos *compadres*: durante cuarenta y cinco minutos tuvimos la paciencia de hacer sobre una mesa lo que se llama la cadena, y os confesaré, que no quedé poco sorprendido, al ver al fin de ese tiempo la mesa sobre que operábamos, y que era nada menos que la mesa de mi comedor, ponerse en marcha, y después de algunas vacilaciones, retraerse á un movimiento de rotación que muy pronto se aceleró, y que creció hasta una gran rapidez.

Intentamos, oprimiendo la mesa de manera á hacerla rayar en el suelo, y detenerla en su rotación estraña, mas no pudimos conseguirlo. Después de haber renovado esta experiencia varias veces, investigué, para darme cuenta físicamente del origen de ese movimiento, y me preparé toda una teoría electrodinámica, cuyo valor procuré verificar con la ayuda del electroscópio, de la brújula, de la limadura de fierro, &c.; y como no pude desentrañar el menor vestigio de electricidad, creí entonces en impulsiones diferenciales debidas á la voluntad

de los operadores, y de que una especie de integración podría determinar la rotación de la mesa. Allá me detuve, y durante algunas semanas, no pensé mas en un fenómeno, que no me pareció merecer la pena de entregarme prolijamente á su estudio.

A esta sazón llegó la nueva de la facultad *parlante*, y tengo que confesaros que mi incredulidad revistió un carácter mas decisivo que no tenía, cuando solamente se trataba de un simple movimiento de rotación, debido á lo que yo creía, á la misma causa que los hechos de la *varita adivinadora*, de los *pendulos magnéticos*, de la *llave que gira*, y de tantos otros fenómenos sobre los cuales nuestra imaginación tiene ciertamente una influencia, como muy bien lo ha demostrado Mr. Chevreul.

Estaba yo, por consiguiente, bien decidido á no aumentar el número de los que yo mismo calificaba de *paparrutas*, cuando la casualidad me hizo á experiencias de este género. Creyendo desde luego, y sin dudar, en alguna mistificación, me dediqué á estudiar el misticador; pero en vano. Después de dos horas de observación atenta, no había podido atrapar ninguna supercheria, y ya había visto producirse resultados bastante positivos para que la duda reemplazase en mi espíritu la negación pura, y simple y sin exámen.

Desde entonces me propuse recomenzar lo que había hecho sobre la rotación de las mesas, esto es: experimentar yo mismo, y lo hice muy largamente, tal vez *demasiado*.

La consecuencia de estas nuevas experiencias, ha sido creer muy pronto y firmemente que cosas incomprendibles para mi existían en realidad, y de manera á confundir la razón humana.

He perseguido esos fenómenos en todas sus faces mas deplorables para mi orgullo de físico ó de matemático, y como á su respecto estaba cierto que, si alguno era culpable de supercheria, *esc* no podía ser otro que yo, me he visto obligado á darme por vencido, y á doblegar mi razón ante la evidencia de los hechos.

Fué entonces, Sr. que vuestro libro cayó en nuestras manos. Lo he leído con el mas vivo interés, he admirado

vuestra erudición y el valor que habeis necesitado, para atreveros, en la época en que vivimos, á tratar un asunto semejante.

No puedo pues, dejar de felicitaros sinceramente por la lógica, *sin piedad*, con la cual habeis apreciado la existencia de cierta doble relación, la una destinada al público, y la otra *secreta* sobre la cuenta de fenómenos análogos, que presentan las esperiencias magnéticas.

Resumo, Sr: creo en la existencia de hechos, que con frecuencia nuestra voluntad no podría producir, y sobre los cuales declaro, sin embargo, que la voluntad tiene algunas veces una acción palpable.

Creo en la intervención de una inteligencia DIFERENTE DE LA NUESTRA, á la cual ponen en acción medios, que casi tocan el ridículo.

Creo (1) que la religión cristiana no debe animar la práctica de estas esperiencias, porque considero que hay peligro en hacer de ellas una habitud, y que, cuando menos, se puede perder en ellas la poca razón (2) que ha sido dada al hombre por el dispensador de todas las cosas. Creo en fin, que el deber del hombre de bien que ha estudiado estos fenómenos, es disuadir á los demas ocuparse de ellas, y dando el mismo el ejemplo.

Esta, Sr. es mi opinión después de muchos meses de ensayo, y os pido el permiso de terminar esta carta, ya demasiado estensa, repitiendo un dicho muy sabio de un hombre dotado de una inteligencia de primer orden: "O estos fenómenos no son reales, ó lo son, si no

(1) Deplorable error de Mr. de Sauley que no reconoce otro origen que la creencia de que el Diablo es quien se manifiesta, como si hubiese Diablo, á menos que se tomen por tal los Espíritus atrasados, cuyas producciones tienen de necesidad que estar en armonía con su estado moral.

(Nota de la Redacción.)

(2) Cuando Mr de Sauley consignó estas ideas equivocadas acerca de las manifestaciones espíritas en que, como se vé, creía por experiencia propia, aun no se habían publicado las obras del célebre Allan Kardec, cuya lectura ha venido á derramar raudales de claridad sobre la materia á términos de causar una revolución radical en las ideas de muchos filósofos y escritores convertidos hoy en campeones y propagandistas de la nueva doctrina que, en vez de ser un peligro para la religión, la realza, desterrando de ella muchas prácticas absurdas y muchas ideas erróneas que anublau su magestad.

(Nota de la Redacción.)

lo son, es vergonzoso. perder así el tiempo, y si lo son, es peligroso provocarlos por mero pasatiempo."

Recibid &a.

F. DE SAULCY.
Miembro del Instituto.

La Educacion Maternal.

(Continuacion—Véase la pág. 98 del N.º 8 de esta Revista.)

¡Felices todavía, cuando tal abandono no engendra una amargura que se derrama en un lenguaje mordaz, en propósitos malévolos, y aun en calumnias, contra las mugeres más jóvenes, que llegan á su vez á difundir su brillo pasagero!

¡Dichosas, si esa amargura no hace á la esposa áspera, á la madre celosa de la hija, envidiosa de los elogios que se prodigan á la juventud y á la belleza que ella no posee ya!

Ah! haced, pues, libre á la muger, para hacerla fuerte en el interior! Haced madres que preparen para el porvenir hombres piadosos, y haced mugeres piadosas é importantes.

¡Felices aun, cuando esos abandonos no originan una amargura, que se exhala en palabras mordaces, en propósitos perversos, y aun en calumnias contra las mugeres más jóvenes, que han llegado á su turno á difundir su brillo efímero! ¡Felices, cuando esta amargura no vuelve áspera la esposa, á la madre celosa de su hija, avara de los elogios que su hijo prodiga á la juventud y á la belleza que ella no posee ya!

¡Ah! formad á la muger libre de preocupaciones, para tener la muger fuerte en el interior! Formad madres que preparen para el porvenir hombres piadosos, y formad mugeres serias y piadosas!

La educacion de la infancia es el punto más importante de la vida, porque de aquella depende esta; no entendemos aquí por educacion, las lecciones que se dan á los niños para ejercitar su memoria, que ningun fruto llevan en sí para la moral: sino que por ella entendemos la enseñanza que toma el pequeño ser, por decirlo así, desde su nacimiento, y que no lo abandona, sino cuando la vida deja a la madre.

No! pues que aun entonces ella no le abandona, por que las dulces lecciones del corazon sobreviven á la muerte.

Madres, desde que recibis el niño que Dios os ha confiado, preparaos á la santa y noble tarea que debeis llenar; que vuestro amor sea sin limites, y sin debilidades; observad con tierna solicitud el desarrollo de la materia que permite el de la inteligencia, y con él el de las tendencias, de los sentimientos buenos, ó malos. No digais nunca para reparar una falta, aunque ella sea ligera: "Es demasiado joven," porque el joven es el cuerpo, pero no el espíritu; obrad sobre el espíritu teniendo en cuenta los vínculos que lo retienen. Una madre jamás debe abandonarse á la impaciencia, y aun menos á la cólera: que vuestras represiones sean siempre justas y proporcionadas al caso, y á la inteligencia del niño. Desarrollad su razon, razonando con él; acostumbradlo á que os mire, tan joven cual es, como á la amiga, como el consejo que Dios ha puesto á su lado para guiarlo. Detened con esmero desde su nacimiento los malos instintos que pueden desarrollarse; pues por vigilantes que seais, habrá malas pasiones que seréis impotentes para combatir con entero éxito, pues por mucho mal que destruyais, quedará aun demasiado.

Que el amor y el reconocimiento hacia el Creador sea el primer sentimiento que desenvolvais en el corazon de vuestros hijos; que aprendan á orar al balbucear sus primeras palabras; pero que la oracion no sea para ellos una vana formula que repitan á la ligera, ora para entregarse más pronto al sueño, ora para correr más ligero al juego.

Jóvenes madres, todas enseñad á orar á vuestros niños; pero ¡ay! que sea como debeis hacerlo vosotras mismas.

Es cierto número de frases que se suceden en un orden determinado, cuanto más pronto las pronuncieis más pronto también el deber está cumplido.

Para el niño que balbucea le es suficiente decir: "Dios mío" haciéndole comprender lo que es ese Dios de que habla: es preciso que comprenda que ese Dios que lo ha creado, niño, que lo ha colocado sobre las rodillas de su ma-

dre, que ha hecho crecer el fruto sazonado que le tienta, que ha hecho brotar el árbol cuya madera ha servido para tallar el juguete que le divierte, que ha formado á la oveja cuya lana hilada cubre sus miembros delicados, que forma el grano de trigo en la espiga para proporcionar la harina del pan que se le da; que todo, en fin, todo lo que vé y desea viene de aquel, que él llama "Mi Dios."

Más tarde, siguiendo estos principios, le enseñareis á pronunciar desde el fondo del corazon "Gracias" á aquel que se muestra tan generoso hacia los pequeños, y que por toda retribucion no le pide más que la sumision á su voluntad.

¿Qué debe hacer el niño para estar sumiso á Dios? Obedecer al padre y á la madre que el buen Dios ha encargado velar sobre él y enseñarle lo que necesita, porque está bien lejos del niño, y Dios es tan grande que el pobre niño no podrá penetrar hasta él; así es que los padres lo representan ante él; luego á estos deben los hijos sumision absoluta, refiriendo siempre el reconocimiento al buen Dios.

Madres, en vez de vestir á vuestras hijas con un lujo que su porvenir acaso no les permitirá sostener; porque vosotras ignorais cual sea este porvenir, que Dios solo conoce, acostumbradlas á la sencillez. En vez de convertirlas en dijes ó juguetes, y de divertirlos con los aires de personas de importancia que ellas se dan por imitaros, estimuladlas á entregarse á los juegos de su edad que desarrollan las fuerzas, y la direccion que vosotras les dareis, podrá desarrollar su inteligencia en vez de bastardearla; que sus pequeñas manos fraternales se estienda para abraer á la rouda ó á la carrera á ese otro niño vergonzoso que no ose aproximarse; que su límpida pupila no quede seca ante la desgracia y el sufrimiento, y que su mano de dedos color de rosa, cuyos movimientos sigue el Señor, sea conducida por vosotras á deslizar la limosna, no la limosna que sacais de vuestro bolsillo, sino la que viene de las pequeñas economías, que le imponga una privacion que vosotras le enseñareis á mirar como una alegría.

¿El mismo Dios no enseña á dar al que no tiene?

No fatigucis la inteligencia de vuestros hijos; cierto que así produce más pronto, pero sus frutos no son sazonados: el tallo se ahila, el cuerpo se enerva, y cuando llega la edad de vivir de los productos del espíritu, la fuente se encuentra exhausta, la languidez y la pereza, he ahí lo que se cosecha.

No toqueis someramente tantas cuestiones; pero profundizad las que toqueis.

Aquí nos ocupamos con especialidad de la educacion de las hijas, que muy pronto ascenderán á ser madres.

Preciso es, que las madres estén en estado de vigilar los esfuerzos de la inteligencia de sus hijos, á fin de darles una conveniente direccion: necesario es también, que sean capaces de guiar á sus hijos con sus consejos, para preservarlos de los escollos que su juventud les hará encontrar: conviene que estén aptas para juzgar del valor moral de la compañera que debe reemplazarlas cerca del hijo, que va á ser jefe de una nueva familia.

¿Será aprendiendo un programa, ó de todo un poco, que podrá la madre seguir los primeros pasos de sus hijos; si se tiene la ocurrencia de examinarla sobre lo que cree saber, si las preguntas se apartan de la fórmula adoptada, nada comprende, balbucea y dice: "Hé olvidado", ó lo que es peor, se exhibe audaz y desbarra ridiculamente.

¿Será ocupándose únicamente en el tocador, ó poco menos, y en sus placeres, y no sabiendo hablar sino de flores, gacetas, encajes, bailes, sermones á la moda, murmuraciones de salon que ella cautivará la juventud de su hijo, y le hará encontrar encantos en su conversacion, en su sociedad?

¿Le inspirará la confianza en sus consejos, en su tierna solicitud, esta madre que le vituperará severamente por un desliz de su juventud, que podrá escandalizar al confesor en boga, mientras que por su parte hará los esfuerzos posibles para cautivar, apesar de su edad, las miradas y los homenajes en un salon?

Una madre semejante será capaz de elegir la compañera laboriosa, casta,

inteligente que deberá hacer á su turno, de los hijos de sus hijos, hombres y mugeres, y decimos mugeres, porque la muger no es una muñeca.

(Continuará.)

Comunicacion espontánea.

(MEDIUM DE J. DE E.)

Por un acto de amor sin fin, tuvo vida la creacion: sin amor todo es tinieblas, horrores, hastío y crímenes: sin amor las plantas languidecen, los seres concluirían, y la horrible nada fuera una verdad palpable.

No debe confundirse el vicio con el amor, no, porque no ama quien no procura el bien del objeto amado.

El amor mas tierno en la tierra es el maternal, y eso por lo material que es la criatura en ese globo, no por el alma, pues que esta al desligarse de los lazos terrenos, ama Albina, de un modo tan desconocido entre los humanos, cuanto que su lenguaje articulado no tiene frases para explicarlo.

Encarnada el alma siente el amor, y dice con verdad la criatura muchas veces. "Amo y no puede ni cabe mas amor del que yo siento."

Encarnada si, pero libre de los lazos terrenos que presta al alma el vivir en la tierra libre de tanta y tanta miseria, y corteza brusca, existe el verdadero amor que va aumentando tanto cuanto mas y mas se eleva el Espíritu en su interminable, hermosa y consoladora escala del progreso.

Una débil prueba de hasta adonde se puede llegar á amar, la tienen los humanos en el Cristo, que tanto amó, que amaba aún á sus verdugos.

Ama Albina, ama, aunque creas no te pagan tu afecto con sincero amor, que si el amor dió vida á lo creado, amando, llegará la criatura á llenar la mision que su Padre Eterno le dió al crearla.

Felicitas.

Las Epidemias

Quando una de esas terribles enfermedades que diezman aun las poblaciones donde se fijan, aparecen entre noso-

tros, casi involuntariamente nos dirigimos las siguientes preguntas: ¿Dónde está la justicia de Dios? ¿Dónde su misericordia? Y si la religion á que nos hemos afiliado, ó el sistema filosófico que hemos adoptado, no responden racional y categóricamente á nuestras atrevidas insinuaciones, grave peligro corremos de caer cuando ménos, en el más deplorable escepticismo. Y es que el hombre, sér racional é inteligencia capaz de comprender el magnífico ideal de la justicia absoluta, rechaza en Dios, tipo supremo de todo lo verdadero, bueno y bello, cuanto deje de estar conforme con la más estricta justicia y la razon más perspícua.

El mal existe aun en nuestro planeta. Este es un hecho innegable, puesto que con lamentable frecuencia se ofrece á nuestra vista. ¿Qué significa en el vasto plan de la creacion? ¿Es un absurdo, como pretenden algunos; absurdo que implicaría forzosamente la no existencia de un Ordenador supremo, ó cuando menos, su criminal incuria respecto de su obra? ¿Es, por el contrario, una pieza útil, necesaria, en el organismo y sin la cual, hoy por hoy, dejaria de progresar el planeta y los que en él moramos? Si es esto último; si el mal desempeña una mision social é individual, al mismo tiempo, en nuestro globo, queda para siempre probada la existencia del supremo Ordenador y su eterna, universal y sabia Providencia. Y hé aquí cómo de un hecho al parecer insignificante por su visible materialidad; como de la material presencia de una epidemia, toma pié el Espíritu del hombre para remontarse á la cuestion mas radical, al problema mas importante: la existencia ó no existencia.

No se nos objete que éste puede existir, existiendo el mal sin objeto útil y justo para el hombre. Un Dios injusto y caprichoso, un Dios que permita que un cruel azote diezme infructíferamente poblaciones enteras, deja de ser Dios; porque viene á ser inferior á la razon humana, su obra, que concibe sin esfuerzo alguno un mas completo tipo de perfeccion. O Dios es, y es siempre justo y siempre racional, ó no es: ésta es la cuestion, como diría Hamlet.

Y no se nos diga, como repite á cada momento el vúlgo, que suframos y calleemos; que Dios sabe lo que hace, y que no nos toca á nosotros pedirle cuentas de su conducta; no se nos aconseje, en una palabra, la resignacion estóica que sólo existió en el buen deseo de los fundadores de semejante sistema filosófico. Sí, nosotros proclamamos la suprema sabiduría del Eterno; asentamos, como signo de perfeccion moral, la humanidad de la razon humana; preciamos, y en grado sumo, la paciencia resignada; pero protestamos al mismo tiempo, contra la absurda exigencia de querer que hagamos caso omiso de nuestra razon y de nuestra sensibilidad. Si ésta y aquella son, como no puede negarse, dones del Hacedor, debemos hacer uso de ellos; debemos, encaminándolos al bien, ponerlos en ejercicio. Mutilarlos ó prescindir de semejantes dones, vale tanto como corregir la obra de Dios, y esto sí, que no le es lícito al hombre, sin incurrir en responsabilidad.

Queremos y debemos ser resignados como Jesús, el divino modelo ofrecido á la universal y eterna imitacion de las criaturas racionales; y Jesús fué admirablemente resignado, porque sabia á ciencia cierta que su pasion y muerte respondian directa é inmediatamente á un objeto útil y justo para él y para la humanidad, que venia á regenerar. De modo, que el divino Maestro dominó su sensibilidad; porque su razon comprendia la justicia y la utilidad de sus padecimientos. La justicia, por cuanto voluntariamente habia solicitado y obtenido aquella dificilísima mision, y justo era que cumpliera lo que habia prometido; la utilidad, por cuanto cooperaba á la regeneracion de la humanidad terrestre, y aun aparecia mas radiante y digno á los ojos del celeste Padre, él que, por puro amor á los otros, se sometió á tantos y tan grandes males.

Para nosotros es axiomático este principio: *La resignacion es imposible con la creencia de que el mal es un accidente sin objeto determinado.* Y debemos procurar ser resignados en todos nuestros pesares y sufrimientos, yá que éste es el único medio de hacernos dignos ante Dios; y de mantener á aquellos en sus propios

naturales limites, si no es que con la resignacion consigamos disminuirlos siempre y aun curarlos de raiz y súbitamente. La resignacion es preservativo y curativo de no pocos males. Pero ¿cómo obtenerla? Yá lo hemos dicho; ejercitando la razon, cultivando nuestra inteligencia, á fin de descubrir esta grande y consoladora verdad: EL MAL DESEMPEÑA EN LA TIERRA UNA MISION QUE REDUNDA EN PROVECHO NUESTRO. Véase, pues, cómo, sin rebelarnos contra la Providencia, debemos procurar descubrir, por medio del estudio, las intenciones divinas respecto de sus criaturas.

Abundando en estas ideas, el economista Federico Bastiat, en su muy notable obra *Las armonias económicas*, asegura que el mal es un elemento de constante progreso, que tiene una mision que cumplir en el mecanismo social, y que esta mision es la de limitarse á sí mismo. Pongamos por ejemplo las epidemias á fin de hacernos cargo de la teoría de Bastiat. Parece á primera vista que todo en ellas es malo, que ningun beneficio reportan á la humanidad. Pues no es así; puesto que, deseoso de librarse de su perniciosa influencia, el hombre las estudia con detencion, y concluye por conocerlas lo bastante para dominarlas, siendo muy de advertir que la repeticion de una misma epidemia favorece su radical extincion, yá que se ofrece con mayor frecuencia al estudio. De modo que, en realidad el mal se limita á sí mismo y coopera al progreso social, con lo cual dicho queda que en nada amengua la justicia y misericordia del Hacedor Supremo.

La teoría de Bastiat es exacta; pero incompleta, puesto que sólo explica la mision social del mal. La dada por el Espiritismo la completa, pues sobre poner de manifiesto otros aspectos de la mision social del mal, le asigna otra puramente individual, de manera que, evitando el grave inconveniente de sacrificar el individuo á la colectividad, los presenta á entrambos favoreciéndose mutuamente en virtud de la sublime ley de la solidaridad, que preside á la vida de los mundos y de las humanidades en ellos encarnadas.

Las epidemias, concretando á ellas

toda la cuestion, se limitan á sí mismas, como dice con sumo acierto el economista francés, y además, como con no menos acierto añade el Espiritismo, preparan las renovaciones sociales, librando á los mundos de ciertos obstáculos que se oponen á su ascension en la gerarquía, y favoreciendo la encarnacion de Espíritus de un orden mas elevado que, para dar comienzo al cumplimiento de su mision regeneradora, solo esperan que desaparezcan los estorbos que pueden hacerlas infructíferas. La mente es siempre un instrumento de regeneracion para los mundos; pero en ciertas ocasiones, se hace indispensable que aquella abarque mayor número de existencias. En las épocas de transicion, sobre todo, son poco menos que indefectibles semejantes mortandades, que parecen verdaderas atrocidades, cuando se tienen ideas erróneas ó mezquinas sobre la vida futura; pero que quedan reducidas á su justo límite, cuando con el Espiritismo se vé en la muerte un mero cambio en el modo de vivir.

Por otra parte, la muerte es un elemento de progreso individual. Los que separándose de la material envoltura del cuerpo terrestre, regresan al mundo de la erraticidad, llegan á él no para extasiarse en inútiles contemplaciones, ó retorcerse entre eternos é infructuosos tormentos, sino para contemplar el mal que han hecho, el bien que han dejado de hacer, y solicitar de Dios la nueva existencia que ha de permitirles, despues del arrepentimiento, la rehabilitacion de sus culpas. Véase, pues, como el mal, considerado en su generalidad, y las epidemias en especial, responden á un objeto laudable, á un doble fin que redundan siempre en provecho nuestro, quedando asi justificada la misericordia del Eterno. Pero adviértase que, fuera del Espiritismo, de la ley de pluralidad de existencias del alma y de la noción que dá aquel de la vida futura, semejante justificacion es imposible ó incompleta, cuando menos. El Espiritismo es, pues, una doctrina filosófica, grave y mucho mas perfecta que las que le han precedido en la esfera de los humanos conocimientos, puesto que resuelve racional y satisfactoriamente cuestiones

insolubles hasta ahora. Esto debiera indicar á muchos lo conveniente que es el no crearle obstáculos, el no dificultarle su difusion, y á otros la necesidad en que están de estudiarlo á fondo y desapasionadamente ántes de juzgarlo desfavorablemente, como lo hacen.

Para concluir es indispensable que hagamos una advertencia muy importante. El Espiritismo dice: las epidemias son un mal, pero producen beneficios á la sociedad y al individuo; la muerte es un accidente casi siempre doloroso, pero siempre redundan en provecho del hombre; debemos, pues, aceptar la una y las otras como elementos de regeneracion, y resignándonos al *mal relativo* que nos amenaza, dar gracias á Dios por el bien que, valiéndose de aquél, se dispone á proporcionarnos. Esto dice el Espiritismo, pero añade: á pesar de todo, hemos de esforzarnos incesantemente y por todos los medios que estan á nuestro alcance; hemos de esforzarnos para que las epidemias desaparezcan, para que se reduzca el número de sus víctimas, y para que la muerte no se ensañe tanto en nuestros semejantes. El mal, aunque ocasione beneficios, es siempre el mal, y todos los hombres amantes del cumplimiento del deber, han de procurar su completa extincion.

Una Aparicion

Varios periódicos españoles tradujeron del inglés é insertaron en sus columnas, una serie de artículos que, con el título *Diario de un médico* se publicaron en Londres. En ellos se leen una porcion de sucesos, que solo hoy por el Espiritismo pueden explicarse, y que escritas en un tiempo en que éste no se conocia todavía (el periódico del cual lo tomamos está impreso en 1839) solo se notaban como hechos raros y... nada mas, puesto que no se daba cuenta de ellos.

Demos á conocer uno de ellos, que pertenece al artículo *Agonia de un sábio*.

La escena que copiamos tiene lugar entre el protagonista, el sábio Mr. E.*** y el Doctor que es quien refiere el suceso.

—“Espero que no me tendrá V. por

supersticioso y embustero; por lo tanto, aunque atribuya V. á mi estado enfermizo la relacion que voy á hacerle, estoy cierto de que no pondrá en duda la verdad de mis palabras. Yo mismo estoy por creer que ha causado este fenómeno una ilusion singular, resultado de la debilidad de mis órganos.

“Acababa ayer de tomar el té con mi hija, y sentia necesidad de descansar. Tengo costumbre de dar ántes de acostarme una ojeada á mi laboratorio, para asegurarme por mi mismo de que todo está en su lugar correspondiente, y de que no corremos ningun peligro.

“Cuando entré ayer en esa sala como acostumbro, con la luz en la mano, vi con sorpresa que no estaba solo en el aposento. Un personaje, vestido de negro, llevaba una bujía que despedia una débil claridad.

“Me detuve pasmado.

“El personaje no paró en mi la menor atencion.

“Púsose á cerrar los armarios, á arreglar los utensilios, los vasos, á limpiar las vasijas y á colocar los libros en los estantes. Dió una vuelta por el laboratorio, sosegada, deliberadamente, pero sin hacer el menor ruido.

“Yo no sé que impulso de terror solemne se habia introducido en mi alma. Permanecia mudo y no osaba interrumpirle. El parecia estar tan familiarizado como yo, con los utensilios de mi profesion.

“Le veia tan distintamente como le veo á V. y miraba todos sus movimientos con suma ansiedad.

“Entró en mi retrete, y le seguí, petrificado de terror. Allí mi negra fantasma prosiguió su tarea; cerró el telescopio, cubrió los tubos con su funda, encerró en su caja mi nuevo cronómetro; en una palabra, arregló todo el aparato astronómico que está cerca de la ventana; y encontrándose en fin cerca de mi mesa, cerró el escritorio con llave, echó mis plumas al fuego, derramó la tinta en las cenizas, y acabó por deponer encima del escritorio la llave que servia para abrirlo.

“Quise acercarme.

“La aparicion hizo una breve pausa, se volvió hácia mi, me miró con aire

grave, triste y suave, meneó la cabeza y dió un paso; entónces se apagó la bujía y nada mas vi. El rostro de la fantasma me era bien conocido; sus facciones eran las del célebre Boyle (1), tal como le representa la lámina que vá al frente de su tratado del aire atmosférico.

—“El hecho es curioso.

—“Y tanto mas, cuanto he tenido siempre gran veneracion á este gran hombre. Su vida es mi modelo, y sus doctrinas me son muy caras. ¿No encuentra V. muy singular que haya venido á cerrar mi tienda y advertirme que cuidara mejor mis cosas? ¿No podria considerarse esta estraña visita, como una especie de consejo solemne, de aviso sobrenatural?

—“¿Qué! V., hombre tan sábio y reflexivo, ¿se dejaria turbar por un acontecimiento de esta naturaleza?

—“No, amigo mio; no lo crea V. No tengo esa flaqueza. Le aseguro á V. que no temo la muerte. Pero la cuestion filosófica, el fenómeno de semejante vision, embarga y atormenta mi pensamiento. ¿No encuentra V. esto natural? ¿No cree V. que en esta circunstancia hay un mundo de problemas que burlarán siempre la sagacidad humana?

“¿Y qué diriamos los dos, si el resultado justificase el aviso del sábio y fantástico Boyle; si no debeise volver á tocar esos utensilios y esos instrumentos que con tanto esmero ha arreglado; si en una palabra, tuviese como dije ya, que cerrar mi tienda?”

Este presentimiento ó intuicion se realizó, segun refiere el autor de estas líneas. Pocos dias despues, espiró en sus brazos Mr. E.***

Era pues algo mas que una *ilusion singular resultado de la debilidad de sus órganos*, lo que vió el respetable anciano; es de creer que fué el Espíritu del mismo Boyle, que atraído por la simpatia ó sea por la *gran veneracion que tenia á este grande hombre, cuya vida fué su mode-*

(1) Célebre fisico, químico y filósofo irlandés del siglo XVII; es conocido por sus admirables descubrimientos y tan notable por su talento como por su conducta privada. Fue autor de varias obras, las mas conocidas son: Experimentos sobre el aire atmosférico; Utilidad de la Física experimental; Tratado sobre las causas finales, etc.

lo, se le manifestó para avisarle que la hora de reunirse estaba próxima. Y así debió comprenderlo y así lo sentía, porque una alucinación no hubiera preocupado tan profundamente el ánimo de este varón tan fuerte.

En otro número continuaremos dando a conocer otros hechos no menos curiosos, que el mismo autor hizo públicos en su *Diario de un médico*.—A.

(Revista Espiritista de Barcelona.)

El Espíritu y la Materia

LA MATERIA

Yo soy del sol la lumbre centellante,
La tibia luz de la lejana estrella,
La luna que con rayo vacilante,
Pálida alumbraba misteriosa y bella.

Yo soy el cielo en roja luz teñido,
Si brilla el sol en el rosado Oriente,
De franjas de oro y púrpuras ceñido
Al hundirse en los mares de Occidente.

Yo soy la brisa tibia y perfumada
Que anuncia las pintadas mariposas,
Que suspira quejosa en la enramada;
Que mece el tallo de las frescas rosas.

Yo soy la voz del huracán potente
Que girando en revuelto torbellino,
Hiel de espanto el corazón valiente
En medio del Océano al marino.

Soy la luz del relámpago oscilante,
Cuando retumba el fragoroso trueno
Al despedirse el rayo centellante
De incendio, destrucción y muerte lleno

Yo soy la mar tranquila y apacible,
Azul espejo que la vista encanta,
Yo soy la mar que en la tormenta horrible
En montañas de espuma se levanta.

Soy el río que corre y fecundiza
Cuanto toca al cruzar el ancho valle,
Y el arroyo que lento se desliza
De algas y juncos entre verde calle.

Yo soy la tranquila y sonora fuente
Que desata sus linfas por el prado,
Brindando con su límpida corriente
Alivio al caminante fatigado.

Soy la palma que crece en el desierto
Gentil y erguida y de su pompa ufana,
Bajo la cual del sol duerme á cubierto
Del árabe la errante caravana.

Soy el árbol que ostenta por cimera
Largas ramas cubiertas de verdura,
Que puebla el alto monte y la pradera
Y esparce por do quier sombra y fresura.

Soy los campos de espigas y amapolas,
El verde césped que tapiza el suelo,
Las flores que despliegan sus corolas
Bajo el inmenso pabellón del cielo.

Yo soy el pez de plateada escama
Preso siempre en su líquido palacio
Y el pájaro que vá de rama en rama
O tiende el vuelo en el azul espacio.

La serpiente mortífera y rastrera,
El león de las selvas soberano,
La oveja humilde, y la sangrienta fiera,
El insecto pequeño, el vil gusano.

Yo soy el hombre, en fin, rey que avasalla
Cuanto el mundo en sus ámbitos encierra,
Que en un poco de barro origen halla,
Y barro y polvo vil, torna á la tierra.

Sólo sobre la fé de sus sentidos
Puede dar testimonio de este mundo,
Y espíritus por él desconocidos
Niega arrogante con desden profundo.

Nada hay sin mí: los cielos y la tierra;
La mar, la luz, el fuego, el rayo, el viento....
Y también del cerebro que le encierra,
Es materia el humano pensamiento.

EL ESPIRITU.

Yo soy el soberano pensamiento
Que rige de los orbes la ancha esfera,
Dando á los ástros giro y movimiento,
Sus órbitas trazando y su carrera.

Soy esa universal ley de armonía
Que mira el hombre presidir el mundo,
Aunque á sus ojos es la esencia mia
Velada en el misterio mas profundo.

Yo soy la actividad y el movimiento
Que impelle la materia muerta y ruda,
Sus átomos agrupa ciento á ciento,
Sus propiedades y sus formas muda.

Soy en la vasta escala de los seres
La esencia poderosa de la vida,
Fuente de sensaciones y placeres
Con profusión magnífica esparcida.

Soy esa altiva inteligencia humana,
Soy esa fértil creadora mente,
Que rauda tiempos y distancia allana,
Y abarca lo pasado y lo presente.

Por mí el hombre en contrarias sensaciones
El placer y el dolor halla distintos;
Yo le doy sus indómitas pasiones,
Yo le doy sus enérgicos instintos.

Vivo en él incorpóreo, invisible;
Mas que una percepción soy una idea,
Y por eso es mi exámen imposible
Al que mi sér investigar desea.

Nada de mí le dicen sus sentidos,
Su mano no me toca, su pupila
Nó me vé, ni me oyen sus oídos,
Y su débil razón duda y vacila.

Mas aunque de su origen renegando
Mi aliento que le anima negar quiere,
Una voz interior le está gritando:
¡Hay en tí alguna cosa que nó muere!

Yo dirijo sus nobles sentimientos,
Combato sus dañadas intenciones,
Y le inspiro los grandes pensamientos
Origen de magnánimas acciones.

Si ciega la materia le conduce
Por la senda de estéril egoísmo,
En él mi santa inspiración produce
La abnegación sublime de sí mismo.

Doy el amor purísimo del alma,
La amistad, el valor, continencia,
Y la feliz y sosegada calma
Que nace de la paz de la conciencia.

Soy un claro diamante que escondido
En la mina profunda al sol no brilla:
Soy un rico perfume contenido
En pobre vaso de grosera arcilla!

Advertencias de ultra-tumba.

EL OFICIAL DE CRIMEA.

La *Independencia Belga* á quien no se tachará de un exceso de benevolencia hacia las creencias espíritas, refiere el hecho siguiente, que muchos otros diarios de la prensa sería han reproducido, y que á nuestra vez reproducimos con todas las reservas por no haber tenido aun la oportunidad de establecer su realidad.

“Sea que nuestra imaginación invente y pueble un mundo de almas encima, y al lado nuestro; sea que el mundo en que peregrinamos, vivimos y nos movemos, existe realmente, es fuera de duda, para mí al menos, que accidentes inexplicables se producen, que provocan á la ciencia y desafían la razón.

“En la guerra de Crimea en una de esas noches lentas y tristes que se prestan maravillosamente á la reflexión y á la melancolía, á las pesadillas, á todas las nostalgias del cielo y de la tierra, un

jóven oficial se levanta súbitamente, sale de su tienda, vá á buscar á uno de sus camaradas y le dice:

—Acabo de recibir la visita de mi prima, Señorita de T. . . .

—Tu sueñas.

—No, ella se me ha presentado pálida, risueña y tocando apenas el suelo demasiado duro y áspero para sus pies delicados: me ha mirado despues de haberme ye bruscamente recordado al sonido de su voz dulce, diciéndome: “Tardas demasiado! ten cuidado! Algunas veces se muere por la guerra sin ir á ella!”

Yo quise hablarla, levantarme, correr hácia ella, pero he retrocedido! y poniendo un dedo en sus labios. “Silencio! me dijo: ten valor y paciencia, nos volveremos á ver.”

Ah amigo mio, cuán palida estaba! estoy cierto que está enferma y que me llama.

—Tu duermes despierto, estás loco, replicó mi amigo.

—Puede ser, pero entonces que significa este impulso de mi corazón que la evoca, y me la hace visible?

“Los dos jóvenes siguieron conversando, y á la aurora el amigo condujo hácia su tienda al oficial visionario, cuando éste tembló derepente.

—Héla allí amigo mio, héla allí delante de mi tienda. . . ella me significa por señas que yo no tengo fé ni confianza.

“El amigo sin embargo nada veía, é hizo cuanto pudo para tranquilizar á su camarada. Vino el día, y con él las mas serias ocupaciones, y las bastantes para no ocuparse de los fantasmas de la noche. Pero, por precaucion muy natural una carta partía para Francia al día siguiente, pidiendo noticias de la señorita T. . . .

Algunos dias mas tarde, se contestaba que esta jóven estaba gravemente enferma, y que si el jóven oficial podía obtener una licencia, se creía que su vista le produjera el mejor efecto.

Pedir una licencia en el momento de las mas rudas fatigas, tal vez en la víspera de un asalto decisivo, y hacer valer para lograrlo, temores sentimentales, no parecia que debia pensarse mucho en

ello. No obstante creo recordar que la licencia fué pedida y obtenida, y que el jóven iba á partir para Francia, cuando tuvo otra vision. Esa era horrible. La señorita T. . . se presentó pálida y muda una noche en su tienda, y le mostró el largo vestido blanco que llevaba. El jóven oficial no dudó un solo instante de la muerte de su prometida; estendió aquel su mano, tomó una de sus pistolas y se despedazó el cérebro.

“En efecto, la misma noche, á la misma hora, la Señorita T. . . habia exhalado su último aliento.

“Era ésta vision el resultado del magnetismo? No lo sé. Era el de la locura? Mas valiera. Pero sin duda era algo que escapa á las chanzonetas de los ignorantes y á los donaires aun peores de los pretendidos sabios.

“En cuanto á la autenticidad del hecho, yo lo garanto. Interrogad á los oficiales éste largo invierno en Crímea, y habrá pocos que no os refieran fenómenos de presentimientos, de vision, de espejismo de la patria y de los parientes, semejantes al que acabo de narraros.

¿Que debe concluirse de esto? Nada, á no concluir ni correspondencia de un modo demasiado lúgubre, y que será, lo sé bien, la manera de adormecer sin saber magnetizar.

THEUL.

Así como al empezar lo hemos dicho, no hemos podido establecer aun la autenticidad del hecho, pero lo que podemos garantir es su posibilidad. Los ejemplos averiguados, antiguos y modernos de advertencias de ultra-tumba son tan numerosos, que este nada tiene de mas extraordinario, que aquellos de que tantas personas dignas de fé, han sido testigos. En otros tiempos han podido parecer sobrenaturales; pero hoy que su causa es conocida, y sicológicamente explicada, merced á la ciencia Espirista, nada tienen que se aparte de las leyes naturales. Nosotros solo agregaremos una sola observacion, y es que si ese jóven oficial hubiese conocido el Espiritismo, hubiera comprendido que el medio elegido para volver á juntarse con su prometida, no era el de matarse, porque semejante accion puede mas bien

alejarse de ella por un tiempo mas largo, que el que debiera pasar sobre la tierra.

El Espiritismo le habria enseñado además, que una muerte gloriosa sobre el campo de batalla le hubiera sido mas provechosa, que la que voluntariamente se dió por un acto de flaqueza de espíritu.

Hé aquí otro hecho de aviso de ultratumba referido por la “Gaceta Arac (Hungria) del mes de Noviembre de 1858.

“Dos heamanos israelistas, de Gyek (Hungria) habian ido á Grosswardein, á llevar á una pension á sus dos hijas, de edad de 14 años. Durante la noche siguiente á su partida, otra niña de uno de ellos, de diez años que habia quedado en casa, se despertó sobresaltada, y contó llorando á su madre, que habia vista en sueños á su padre y á su tio rodeados de muchos paisanos que querian maltratarlos.

“La madre no hizo ningun caso de este relato, pero viendo que no podia conseguir calmar á su hija, la condujo al Alcalde del lugar, quien oyó referir el sueño á la niña, la cual añadió que habia reconocido á dos de sus vecinos entre los paisanos, y que el sueeso habia tenido lugar en los lindes de un bosque.

“El Alcalde envia inmediatamente al domicilio de los dos paisanos, que en efecto se encontraban ausentes; despues para asegurarse de la verdad, espidió en la direccion indicada otros emisarios que encontraron cinco cadáveres en los confines de un bosque. Eran los dos padres con sus dos hijas y el cochero que los habia conducido; los cadáveres habian sido echados sobre un brasero, para desfigurarlos. Al instante la policia empezó las indagaciones, arresando á los dos paisanos designados en el momento en que procuraban cambiar muchos billetes de banco salpicados de sangre. Luego que estuvieron encarcelados, confesaron su crimen, diciendo que reconocian el dedo de Dios en el rápido descubrimiento de su crimen.

(De la R. de Paris.)